

a tu alrededor ni te abraza ni te besa como las otras; deja a éstas y vete con ella, con Peña Santa, separada de ti por el Cares....; haréis buena pareja....

Entre tanto mi compañero descubre en el horizonte, a la derecha de la silueta de Andara, un trazo blanco como colgado en el fondo azul.... ¿qué es? Miro en la dirección indicada hacia la desembocadura del Nansa; un poco más a la derecha, allí por San Vicente de la Barquera, y distingo el trazo blanco; conjeturamos ser una embarcación, acudimos a los prismáticos y durante las dos horas y cuarenta minutos que no pudimos movernos de aquella cumbre, con una temperatura agradable, con buen sol y magníficas vistas, no cesamos de seguir el trazo blanco, que resultó ser un hermoso trasatlántico, descifrado por los prismáticos que tanto nos lo acercaron, que pudimos divisar el puente y la chimenea..... ¡desde la provincia de Palencia!



Ya es tarde y nos esperan. Hemos disfrutado mucho, pese a los criticantes de esta religión de las alturas, y bajamos a todo correr....; un trago de agua, unas bandadas de perdices, y a las seis en Llánaves; ya anochecido hicimos rumbo a Portilla, donde a las siete y media tomamos de nuevo el «Fiat» que nos lleva a Guardo; a las diez terminamos la jornada en Cervera del Río Pisuegra.

Recomendamos a los *cantabristas* esta cómoda subida a Peña Prieta; desde ella pueden hacer un bonito estudio de toda la cordillera.

CAPITÁN GOICOECHEA.



## ANECDOTARIO MONTAÑERO

### El de siempre...

El tren había pitado ya; impacientes, sacando medio cuerpo por la ventanilla, cinco pares de ojos miraban ansiosos al mismo punto: la gran puerta vidriera, al fondo del largo andén, que se cerraba con estrépito en aquel instante. La locomotora lanzaba sus primeros bufidos para sacarnos del *bocho*, entregado todavía en brazos de Morfeo; nuestro inútilmente esperado compañero se hallaba, indudablemente, en las mismas manos..... ¡Siempre el mismo!: había de llegar corriendo entre vías, saltando vagones y con la lengua afuera, y en sus prisas, claro está, olvidaba su mochila, y aquel día el *tigre* era inevitable.

El goce de esta ansiada libertad periódica, la excursión dominguera, que nos hace olvidar las fatigas de la pasada semana y nos da nuevos bríos para sobrellevar con sano optimismo nuestra rutinaria existencia, iba haciendo presa en nuestro ánimo, mientras el tren devoraba veloz los dulces valles de esta sin par tierra, envueltos en la suave bruma mañanera, que, rasgándose en jirones sobre el río, es prometedora de un día espléndido y feliz.



Se acerca el término de nuestro corto viaje; este viaje de la mañana que siempre se nos hace largo; las piernas piden brega y ansiamos pisar la húmeda tierra del campo.

A nuestra derecha aparece la larga fila de los peñascos plateados, de esa extraña espina dorsal que, medio oculta unas veces, erguida airosamente otras, es como un nervio potente de la tierra de Vasconia. Esos peñascos bravíos, nuestros pequeños alpes, testigos de tan felices momentos..... y de no pocas hazañas; campo donde se afilan los herrajes para empresas de mayor monta.

Todos miran ansiosos hacia la cumbre maestra, siempre aureolada de nubes. ¡Está despejada! ¡Miradla; bello día nos espera! Y por nuestro ser corre un estremecimiento de alegría al pensar en los goces que nos aguardan. Encaramados en la cima bravía, como colgados del cielo, rodeados de vertiginosos murallones, contemplaremos una vez más aquel panorama incomparable; aquellos campos multicolores, ocultos en parte por la grotesca sombra del gigante; aquel tren como de juguete que remonta fatigosamente el hilillo plateado de sus rieles, hasta perderse en las sombras del vallecito imperceptible..... Y allá lejos, la vista descansará sobre la recta infinita del horizonte, eternamente azul, de este Cantábrico de nuestros amores.....



El tren acorta su marcha; presuroso, cada uno recoge su mochila que arrojó descuidadamente en la red, corre a la portezuela y atropelladamente salta al andén pueblerino con estrépito y algazara que pone pendientes de nosotros la atención de los demás viajeros. Más de uno nos mira con envidia: ¡quién fuera ellos!; otros nos saludan efusivamente, como si nos conociéramos de toda la vida; es que nuestra alegría es contagiosa y ha quedado algo de nuestro sano optimismo desparramado por todo el convoy. ¡Quién fuera ellos!, repite alguna mente.....

Pero, ¡oh qué sorpresa!; ¿mienten nuestros ojos?..... Allá, en medio del andén, su figura radiante de satisfacción, una mirada irónica rubricada por leve sonrisa, nos reciben los brazos abiertos del compañero, ya olvidado, que perdió el tren.

—Pero, ¡tú aquí!; ¿cómo?

—Me dieron con la puerta en las narices; en la media luz de la mañana vi un *cacharro* que con estrépito venía devorando adoquines; ¿iba yo a perder el día? Un rectángulo disforme en parte poco visible de mi cuerpo me recordará el viaje por algún tiempo; pero..... ¿iba yo a perder el día?

Instintivamente, nuestras manos todas palparon cariñosamente las mochilas..... y un leve gesto de resignación nubló, sólo un instante, los rostros.

Además, ¡venía de *tigre*!

PHILOS.